

Violencia más violencia

EL INAPLAZABLE DILEMA DE LA SEGURIDAD CIUDADANA

No hay que gastar mucha tinta para convencer a los venezolanos, y sobre todo a los caraqueños, de la gravedad que reviste el problema de la seguridad. En encuestas confiables es el problema que más afecta a las clases medias y altas, y el segundo en importancia, después del problema del alto costo de la vida, para las clases populares. Ante la insolvencia de los cuerpos de seguridad para solucionarlo e incluso para contenerlo, las clases altas están resolviéndolo por su cuenta privatizando sus zonas de residencia y de trabajo e instalando en ellas policías privadas. Por su parte las clases populares, que no pueden contratar vigilantes privados, están comenzando a organizar rondas de vecinos que controlan el barrio en la noche, además de otras iniciativas de autodefensa. Si esta tendencia llegara a imponerse, significaría la desaparición del Estado, ya que el papel más elemental del Estado es detentar el monopolio de la coacción física y de las armas, de modo que los conflictos inevitables se procesen por otros canales.

UN PROBLEMA DE FONDO

¿Por qué la policía se muestra absolutamente ineficaz ante el problema creciente de asaltos y crímenes? Habría una razón de fondo y otras dos más específicas. La razón de fondo la reconocen todos los sectores de la sociedad: El cambio estructural que está llevando a cabo el Estado se hace a costa del pueblo. Es en el sentido más estricto violencia estructural ya que consiste en disminuir drásticamente aquellas partidas de la renta petrolera destinadas a gasto social, calificado equivocadamente de improductivo, por una parte, y en entregar al pueblo a manos de un aparato productivo cartelizado (no existe la libre competencia), por otro. Esas dos reformas estructurales son no sólo una injusticia sino una declaración de guerra: guerra económica (de salarios de miseria y altos precios), guerra ideológica (de autoculpabilización de los perdedores, borrado el concepto de justicia y bien común del horizonte y reducido todo a la lucha de todos contra todos con armas absolutamente desiguales), guerra política (ya que el gobierno y los partidos han dejado de ser representantes de la mayorías y sólo responden a la presión de los organismos económicos internacionales y nacionales), y como consecuencia de todo esto guerra represiva. Esta es la ubicación de los cuerpos de seguridad y su objetivo en el conjunto de medidas. Si son un medio de guerra ¿cómo van a solucionar el problema que esta guerra está causando?

UN ESQUEMA INADECUADO

La primera de las razones específicas sería que la policía maneja un esquema no sólo inadecuado sino contraproducente en el sentido de que el propio esquema se convierte en causa fundamental de violencia. El esquema policial es maniqueo: la gente de las urbanizaciones, mientras no se demuestre lo contrario, es inocente; y, aunque se demuestre que es culpable, es intocable, está más allá de su alcance, goza de impunidad; en tanto que los habitantes de los barrios, hasta tanto no se demuestre su inocencia, son culpables; y, aunque se demuestre su

inocencia, no son sujetos de derecho, se los puede agredir impunemente, y si protestan, son unos "alzaos" y por lo tanto dejan ya de ser inocentes y queda evidenciado que la agresión preventiva estaba justificada porque eran inciviles camuflados, rocheleros en potencia, ocultos cimarrones o subversivos como se decía en tiempos del marxismo.

La policía está para defender a los de las urbanizaciones de la violencia que proviene siempre de gente de los barrios. Los barrios son zona enemiga. Por eso la Guardia Nacional custodia la salidas de los barrios. Y cuando la policía irrumpe en ellos, es una incursión a zona no controlada. Por lo tanto van con el dedo en el gatillo, dispuestos a disparar a cualquiera que mire o se mueva de un modo que pueda ser interpretado como sospechoso. Como se trata de una incursión, una batida, un operativo, van en grupo, como va una columna de vanguardia a una operación militar y van con armas de guerra. Como es lógico, causan desastres.

Es obvio que si una manada de elefantes se lanza a perseguir un mosquito, arrasan todo a su paso... menos al mosquito. La casi totalidad del barrio sufre la indefensión respecto de los malandros y las bandas adolescentes. A diferencia de lo que sucede en las clases altas, en los barrios sólo los malandros van armados (además de bastantes caciques del partido de gobierno y confidentes de la policía, que no se sabe si incluirlos entre los vecinos o entre las mafias organizadas). Las casas están muy débilmente protegidas y los vecinos no sólo no pueden cercar el barrio para que no entre gente no deseada sino que el barrio está cercado por ellos; y así tienen que llegar con ellos a un armisticio: hacerse la vista gorda y pagar ciertos peajes, además de sufrir en silencio arbitrariedades mayores que llegan hasta el asesinato (aunque los malandros de antaño respetaban a los habitantes de su zona y todavía lo hacen algunos, más o menos, cosa que no ocurre con las bandas de adolescentes). Pues bien el pobre vecino del barrio, que clama por un poco de seguridad para salir de esa zozobra y que por eso anhela la protección policial, se encuentra que la policía, por su modo de operar (con la concepción subyacente que la respalda) se convierte en otra fuente de angustia, tan grande como la de los malandros. Porque si el presupuesto de la policía es que la gente de los barrios son inciviles y no tienen derechos y son delinquentes, al menos potenciales, si para la policía ellos no son gente, ni tienen dignidad (ni poder) ¿por qué tratarlos con miramientos? Si son bestias sin cultura o fieras salvajes, lo pertinente es tratarlos como tales. El único método es la represión para que agáchen la cabeza y respeten a los ciudadanos por temor; ya que son incapaces de otras motivaciones más altas.

Este esquema se cultiva en los cuerpos de seguridad. Profesores de las escuelas de policía se encargan de inculcarlo concienzudamente. Lo triste es que los propios policías son también gente de barrio y con esta prédica se les inculca el veneno del autodesprecio que desemboca en la ocultación de su propia identidad. Y así los maltratos a la gente son maltratos a su propia imagen vilipendiada. Así se explican tantos excesos.

LA GENTE DE LOS BARRIOS SON SERES HUMANOS

Es cierto que la combinación de desprecio, falta de respeto, marginación de bienes y servicios del mundo

moderno y opresión generan tales tensiones que a veces llevan a procesos degenerativos o a la agresión suicida como respuesta a tanta agresión. Pero la mayor parte del barrio resiste y lucha por conservar la dignidad y rehacerse de los golpes. En los barrios se encuentran enormes reservas de respeto, tenacidad y creatividad. Es triste tener que decir estas cosas. Es muy triste tener que sostener que las gentes de los barrios son seres humanos. Pero es preciso hacerlo porque 480 años después del sermón profético de Fray Antón de Montesinos a los colonos de Santo Domingo, todavía en América Latina no es un hecho reconocido la condición humana de indígenas, negros, blancos de orilla y mestizos en general. Los libros de historia y los discursos patrióticos se indignan retóricamente de que el conquistador no reconociera su humanidad a los amerindios ni a los africanos, cuando él, descendiente de esos conquistadores o entroncado a ellos, no la reconoce hoy.

En contra de las policías y los que las adiestran y los que las respaldan, hay que proclamar que las gentes de los barrios (incluso los propios policías) son seres humanos. Y nosotros, como cristianos, tenemos que añadir (con el fraile dominico de antaño) que los habitantes de los barrios no sólo son hijos de Dios sino los hermanos predilectos de Jesús y que son su primer sacramento, en el que está él tan realmente presente como en la Eucaristía. Y que quien los desconoce (y no sólo quien los maltrata) si comulga, está comiendo su propia condenación, por desconocer el cuerpo de Cristo.

LA POLICIA FORMA PARTE DEL CRIMEN ORGANIZADO

Pensando con un mínimo de racionalidad, se ocurre otro método más adecuado: reducir al mínimo las policías represivas y poner todo el peso en los servicios de inteligencia. Esto no implica aumentar el personal; significa por el contrario contar con un personal altamente especializado y que se mueva exclusivamente por móviles profesionales.

La explicación de por qué no se opta por esta segunda solución es la segunda razón que aclara la ineficacia de la policía ante la violencia creciente. Este personal especializado ya existe. Nuestra presunción es que la policía venezolana sabe todo. Pero que emplea ese conocimiento o para cobrar comisión por el silencio o para cubrirse ella misma. Los cangrejos no son casos complicadísimos que no llegan a esclarecerse. Son casos aclarados, que la misma policía empantana porque no quiere llegar a su resolución. No es cierto que la policía sea honesta y haya algunos corrompidos o infiltrados. La abrumadora mayoría de ella o pertenece directamente al crimen organizado o cobra comisión de él por encubrirlo o no quiere complicarse la vida. Sólo una minoría (que es, gracias a Dios, más que algunas excepciones) son gente honesta que lucha por ejercer su profesión eficazmente.

Todos, empezando por el Presidente de la República, saben que este es el estado real de las policías. Pero ese señor tiene por lo visto otras cosas más importantes en que ocuparse que la seguridad de los ciudadanos venezolanos. O tiene un techo tan de vidrio que vive, también él, chantajeado. Si no, no se explica su encubrimiento (que es querer tapar el sol con un dedo) de gente de su seguridad, tan ligada a crímenes políticos y económicos. Todos conocemos muchos casos de funcionarios honestos que, tras una labor de inteligencia (que no es tan difícil: la gente conoce en los barrios quiénes son traficantes de drogas y malandros) empiezan a detener a los implicados y al llegar a los "propios" son misteriosamente transferidos. La policía

forma parte del crimen organizado: desde los sistemáticos asaltos de la policía uniformada para quitar la plata a los ciudadanos, en las horas de servicio; a su labor de vigilancia y amparo de los traficantes y distribuidores, también en horas de servicio; hasta el "choreo" para redondearse o el asalto en grande en bandas como su verdadero negocio, fuera del servicio, pero amparado por sus conocimientos y condición; hasta, sobre todo, los enlaces de los altos funcionarios con los capos. Esto es así. Y no hay voluntad política para cambiarlo.

BASES PARA UNA SOLUCION

Aunque el gobierno pudiera ser presionado por la opinión pública, por diversas corporaciones, asociaciones y grupos, y también por gente honesta del propio gobierno y del Estado para que lo encare seria y decididamente. Las líneas maestras de un plan de acción, son a nuestro parecer, simples y claras. Ante todo, dejar de considerar enemigos y antisociales a la gente popular (que constituyen, no hay que olvidarlo, nada menos que el 80% de los venezolanos) y desde esta perspectiva reconocer su condición popular a los propios policías como algo digno que no debe ser encubierto y desde donde deben ejercer su profesión (con policías así tienen sentido las casillas policiales y los policías de punto, en los barrios). Dejar por tanto las redadas, batidas y operativos. Concentrar los esfuerzos en una esmerada labor de inteligencia, que no sólo detecte a las personas (para lo que no se necesita demasiada inteligencia) sino sus conexiones con gente de fuera del barrio (que son la principal fuente de perversión en ellos) y proceda con la mayor precisión y el menor ruido. Pero para eso es preciso, como paso previo imprescindible, no sólo depurar las policías sino acabar con la impunidad y castigar con todo el peso de la ley a los ligados al crimen organizado. Si esto se quiere llevar a cabo, se puede contar con esa minoría de policías que lo anhelan. Si no quiere ponerse el dedo en la llaga, el mal llegará a enconarse tanto que será necesario el sacrificio de una generación entera (como está sucediendo en Colombia) para poner bases de solución, y la lucha tenaz de otra generación más para llegar a resolverlo.

No es este un tema nuevo en nuestra revista. Hace tiempo describimos el calvario del pueblo venezolano (483 (mar. 1986)98-99), la violencia en los barrios (530(dic.1990)434-35), el estado violento en que vivía la misma policía que llevó a la huelga a la Policía Metropolitana (516 (jul.1989)242-43) y pedíamos que cese la represión (496 (jun. 1987) 242-43). Veíamos que para eso sería necesario contraponer a la violencia asesina una violencia para para la paz (490 (dic. 1986) 434-35). Sin embargo estaba el obstáculo de las dos Venezuelas (502 (feb. 1988) 52-53); la contradicción, orden establecido vs. democracia (514 (may. 1989) 147-50). Por eso pensamos que sólo una sincera cultura de la democracia puede superar este horizonte de violencia. Volveremos sobre esto.

Cerrado ya este número recibimos la noticia del asesinato de tres jóvenes a manos de la policía. Es una parte de la cosecha macabra de los que siembran hambre y desprecio, y sólo se acuerdan del pueblo para otorgarle dádivas humillantes. ¿Cuántos muertos más serán necesarios para que el gobierno y los sectores económicos caigan en la cuenta de que su orientación económica es una declaración de guerra? Tantos disturbios espontáneos, agravados por el inadecuado manejo de los cuerpos de seguridad ¿no son suficientes para que el gobierno comprenda que el esquema policial que se maneja es contraproducente?